

Para leer

LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Desde los orígenes hasta el siglo XXI. Jean Comby

El Nacimiento de la Iglesia

1. El cristianismo, religión de Cristo

El cristianismo es la religión de aquellos que son discípulos de Jesús, el Cristo, que predicó en Palestina y murió bajo el emperador romano Tiberio hacia el año 30. Estos discípulos reconocen a Jesús como *el Cristo*, en griego “aquel que ha recibido la unción del Señor”, el Mesías en hebreo, el salvador esperado por el pueblo de la Biblia. Muy pronto, los discípulos de Jesús el Cristo recibieron el nombre de *cristianos* (Hch 11 ,26). La propia palabra *cristianismo* es utilizada desde el siglo II por Ignacio, obispo de Antioquía.

El cristianismo está bien arraigado en la persona de Jesús. Sin embargo, Jesús no fue un fundador de religión en el sentido de Buda, Mahoma y muchos otros. Estos predicaron y codificaron su mensaje frecuentemente durante varias docenas de años.

Por el contrario, Jesús proclamó su Buena Nueva, su Evangelio, en un espacio que va de dos años y medio a tres. Es un período muy corto. No escribió nada, no codificó nada, no estableció ninguna organización. Jamás salió de su pequeño país. Simplemente se consideró como el heredero de la religión de la Biblia, queriendo purificarla y llevarla a su cumplimiento.

Siguiendo a los antiguos profetas de Israel y a Juan Bautista, el último de ellos, Jesús propuso a quien quisiera escuchar una buena noticia de conversión y salvación, una revelación de Dios, su Padre, teniendo como consecuencia una transformación en las relaciones humanas. Muchos se escandalizaron de que Jesús se juntara con gente de mala reputación y de que criticara el formalismo y la hipocresía de algunos comportamientos religiosos. Considerado como perturbador del orden público, murió crucificado por los romanos, que ocupaban Palestina, hacia el año 30. Pero al tercer día después de su muerte, se manifestó a sus desesperados discípulos. Está vivo, resucitado.

Esta obra no trata directamente de la historia de Jesús, objeto de una multitud de estudios que se han renovado mucho en los últimos decenios y que el lector encontrará en otras partes. Pero, para comprender los veinte siglos de cristianismo, hay que captar bien el lugar esencial de la resurrección de Jesús, situándola desde el punto de vista histórico. Citemos las palabras del historiador Marcel Simon (*Les premiers chrétiens*, pp. 39-40):

«El historiador no tiene la capacidad para afirmar ni negar la realidad de la resurrección; tanto la afirmación como la negación superan el plano del historiador [...] Todo lo que el historiador puede y debe observar y afirmar es que algo sucedió, para que todo el ulterior desarrollo del cristianismo no sea algo completamente impensable [...] Lo que es importante es la fe de los discípulos, la fe de la Pascua».

Los discípulos de Jesús, a pesar de la brevedad de su predicación y de su acción, fueron completamente transformados por su te en la resurrección de su maestro. Recibieron de él tal dinamismo que pasaron el resto de su vida proclamando su testimonio, que se transmitió de generación en generación.

2. El nacimiento de una comunidad nueva: la Iglesia

Los Hechos de los Apóstoles, que constituyen la “primera historia del cristianismo” (Daniel Marguerat), nos describen el nacimiento de esta comunidad nueva de los discípulos de Jesús, la Iglesia: asamblea de aquellos que son llamados. Ciertamente se trata, como tendremos ocasión de ver, de una historia teológica, de una relectura de los acontecimientos por la segunda generación cristiana más que de un relato anecdótico de tipo periodístico. El día de Pentecostés que siguió a la Pascua de la muerte de Jesús, hacia el año 30 de nuestra era, los *Doce*, los más próximos a Jesús, se transformaron por la venida misteriosa del Espíritu Santo, que los llenó de valor.

En un discurso, el apóstol Pedro (Hch 2,22ss) proclama lo esencial de un mensaje nuevo: Jesús de Nazaret fue un enviado de *Dios*, un profeta. Lo mostró con signos y milagros. Fue condenado a muerte por los impíos. Pero Dios lo resucitó. Está vivo, resucitado, nosotros somos testigos de ello. Jesús es más grande que todos los profetas de la Biblia. Recibió el Espíritu de Dios y lo extendió. Dios ha constituido a Jesús Señor y Cristo. «Señor» es el título que los judíos reservaban habitualmente a Dios. «Cristo» quiere decir aquel que ha recibido la unción reservada al Mesías esperado por el pueblo de la Biblia.

Los oyentes preguntan qué deben hacer. Pero les responde: «Conviértanse, cambien de vida. Háganse bautizar (sumergir en el agua) en nombre de Jesús. Recibirán el

perdón y una vida nueva por el don del Espíritu de Dios”. Los Hechos (caps. 2 y 4) nos ofrecen una magnífica imagen de esta comunidad nueva que se constituye entonces. Igual que Jesús, estos primeros miembros de la Iglesia son judíos, hablan arameo, la lengua semítica más extendida en el Próximo Oriente. Continúan llevando una vida de judíos piadosos: rezan en el Templo, respetan las prohibiciones alimentarias, practican la circuncisión. En resumen, aparecen como un nuevo grupo judío en medio de otros muchos, fariseos, saduceos, zelotas, esenios. Algunos los llaman los *nazarenos*.

Lo que les caracteriza propiamente es el bautismo en el nombre de Jesús, la asiduidad en la enseñanza de los apóstoles, que les dan a conocer la vida y las palabras de Jesús; es la constitución de comunidades fraternas donde los bienes son puestos en común; es la fracción del pan. Así empieza un gesto religioso particular que se llamará *eucaristía* (acción de dar gracias, de agradecer, de alegrarse). El apóstol Pablo, que hará una descripción de ella (1 Cor 11,17ss), dice que esta comida recuerda la última cena de Jesús con sus discípulos antes de su muerte. Es memoria de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Cristo está a la vez presente y ausente, y sus discípulos esperan su regreso.

3. Siguiendo los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo: de la secta judía a la religión universal

Conocemos el cristianismo o la Iglesia del siglo I por los escritos del Nuevo Testamento, y entre ellos esencialmente por las cartas de Pablo y por los Hechos de los Apóstoles. Estos escritos, redactados en griego, ponen el acento en la expansión geográfica y cultural del cristianismo, considerada como lineal, por la cuenca mediterránea, desde Jerusalén hasta Roma y quizá a España. Es la historia teológica de un grupo religioso particular que alcanza una dimensión universal por medio de varias aperturas y rupturas.

El mensaje evangélico no está ligado a Jerusalén

A los judíos de cultura aramea (hebrea) se unen pronto, en la comunidad de los discípulos de Jesús, judíos de cultura griega, los *helenistas*. Algunas tirantezas se ponen de manifiesto entre los dos grupos culturales. Mientras los Doce (apóstoles) están al frente de la comunidad “hebrea”, siete hombres son designados para asumir la responsabilidad de los «helenistas» (Hch 6). La comunidad de los creyentes se abre así a

los judíos de la diáspora (dispersión), aquellos que no han surgido del marco palestinese. Esteban, el jefe de los Siete, dirige una requisitoria contra el judaísmo de Jerusalén. Condena el culto y el templo, puesto que Jesús fue incomprendido y asesinado por los judíos de Jerusalén. Jesús anunció un culto en espíritu y en verdad que no está ligado a un edificio y a un lugar. Esteban, presentando el mensaje de Jesús como un judaísmo depurado, da una nueva orientación a la comunidad. Esta postura le vale ser lapidado como blasfemo. Es el primero en imitar a Jesús en su pasión y su muerte (Hch 7).



Los helenistas perseguidos deben huir de Jerusalén hacia Samaría, la costa mediterránea y Antioquía (Hch 8 y 11). Se convierten en misioneros entre los judíos que habitan en esos lugares. Saulo (Pablo), primer perseguidor de los discípulos de Jesús, es atrapado él mismo por Jesús en el camino de Damasco (Hch 9) y se convierte en el gran predicador del Evangelio.

LOS HECHOS APÓCRIFOS

Onesíforo siguió el camino real que conduce a Listra, y trataba sin cesar de descubrir a Pablo, observando el aspecto de los que pasaban, según las indicaciones de Tito. Y vio venir a Pablo, hombre de baja estatura, calvo, con las piernas arqueadas, robusto, con las cejas juntas, la nariz ligeramente curvada, lleno de simpatía; pues unas veces parecía un hombre, pero otras tenía el aspecto de un ángel. Cuando vio a Onesíforo, Pablo sonrió; y Onesíforo le dijo: “Salve, siervo del Dios bendito”; y él le contestó: “La gracia sea contigo y con tu casa”.

Hechos de Pablo , II-IV (en F. AMIOT, *Évangiles apocryphes*, p. 23).

No es necesario pasar por la religión judía para acceder a la fe.

Una visión hace comprender a Pedro que el Evangelio se dirige a todos los hombres. El Espíritu baja sobre el centurión romano Cornelio, que es acogido en la Iglesia por el bautismo (Hch 10 y 11). No es necesario pasar por la religión judía para acceder a la fe. En Antioquía, donde se habían refugiado muchos helenistas, los discípulos de Cristo reciben el nombre de *cristianos* (Hch 11,26). Es el signo que los distingue a partir de

ahora de otros grupos religiosos. Antioquía se convierte en el punto de partida de la evangelización del Imperio romano.

A lo largo de un primer viaje misionero (Hch 13 y 14), Pablo, acompañado por Bernabé, se dirige en primer lugar a los judíos en las sinagogas, y después a las «gentes de las naciones» (paganos) sin imponerles las prácticas judías. La comunidad de Jerusalén piensa, sin embargo, que hay que imponer la circuncisión a los nuevos cristianos. En Antioquía hay dos comunidades de creyentes: los que proceden del judaísmo y conservan sus prescripciones, y los que vienen de las religiones tradicionales paganas. Estos cristianos de orígenes diferentes difícilmente pueden comer juntos a causa de las prohibiciones alimentarias del judaísmo; rechazo de ciertos alimentos y preparaciones culinarias, de la sangre... ¿Pueden celebrar juntos la eucaristía, que es generalmente la conclusión de una comida? Este es el origen de un conflicto referido de forma distinta en Hch 15 y en la carta de Pablo a los Gálatas (cap. 2). Pedro vacila. Admite la acogida de los paganos en la comunidad sin condiciones, pero tiene miedo de los cristianos de Jerusalén y no se atreve a comer con los cristianos que proceden de las religiones paganas. Pablo se lo reprocha con aspereza (Gál 2).

LA DISPERSIÓN DE LOS APÓSTOLES POR TODO EL MUNDO

“Este Marcos dicen que fue el primero en ser enviado a Egipto, y que allí predicó el evangelio que él había puesto por escrito y fundó Iglesias, comenzando por la misma Alejandría [...] Tal era la situación de los judíos, mientras los santos apóstoles y discípulos de nuestro Salvador se habían esparcido por toda la tierra: a Tomás, según quiere una tradición, le tocó en suerte Partia (a Mateo, Etiopía, y a Bartolomé, la India anterior); a Andrés, Escitia; a Juan, Asia, donde se estableció, muriendo en Éfeso. Pedro, según parece, predicó en el Ponto, en Galacia, en Bitinia, en Capadocia y en *Asia*: a los judíos de la diáspora; al final llegó a Roma y fue crucificado con la cabeza para abajo, como él mismo había pedido padecer. ¿Y qué decir de Pablo, que desde Jerusalén hasta el Ilírico cumplió con la predicación del Evangelio de Cristo y finalmente sufrió martirio en Roma bajo Nerón? Esto lo dice Orígenes literalmente en el tomo III de sus Comentarios al Génesis (EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, II, XVI, 1 y III, I, 3).

Esta tensión quedará regulada con un compromiso al que se ha dado el nombre de “Concilio de Jerusalén” (Hch 15). Por una parte, Santiago, el jefe de la comunidad de Jerusalén; por otra, Pablo y Bernabé de regreso de su misión. En medio, Pedro actúa como pacificador. Es posible que el autor de los Hechos haya dulcificado la controversia y sus conclusiones. La postura de Pablo es admitida. Ya no se impondrán la mayoría de las prescripciones judías. Sin embargo, Santiago consigue que los cristianos venidos del paganismo hagan algunas concesiones cuando estén mezclados con aquellos que proceden del judaísmo: no consumirán sangre... Así, la fe cristiana ya no está ligada a la religión judía. Aquel que quiera acceder al Evangelio no debe sufrir un trasplante cultural. El cristianismo puede convertirse en universal. Sin embargo, las tensiones no desaparecen, y Pablo se esfuerza por mantener la unidad entre los grupos mediante la caridad, haciendo a través de sus viajes mediterráneos una colecta para los cristianos de Jerusalén en dificultad (1 Cor 16,1-3; Gál 2,10).

El Evangelio despliega velas con Pablo

En el curso de un segundo viaje que emprende a través de Asia Menor, Pablo tiene una visión en Tróade: “Un macedonio, de pie, le dirigía este ruego: “¡Pasa a Macedonia y ven en nuestra ayuda!””(Hch 16, 9). Es una etapa capital que privilegia el Occidente griego y latino en la expansión de la Iglesia. Nacen las comunidades de Filipos, Tesalónica, Corinto... Pablo se dirige incluso a la capital de la cultura, Atenas. Se esfuerza por mostrar la convergencia entre la filosofía griega y el Evangelio. Incluso cita a un poeta griego. En vano. “Te escucharemos en otra ocasión...” (Hch 17,16-33). Cuando predica en Corinto está menos preocupado de agradar a su auditorio y anuncia solamente a “Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor 2,2).

A lo largo de un tercer viaje, Pablo visita de nuevo las comunidades de Asia y Europa. No faltan las dificultades, y Pablo se hace eco de ellas en sus cartas. Tropieza con la hostilidad de los judíos, que no aceptan su mensaje sobre Jesús, y de los paganos,

que ven peligrar el comercio ligado a las peregrinaciones y los templos (Hch 19). Dentro de las comunidades, particularmente en Corinto, Pablo debe atemperar a veces el desbordante entusiasmo: se manifiestan toda clase de carismas, entre los que el más espectacular es el de hablar en lenguas múltiples e incomprensibles (1 Cor 13 y t4). Al mismo tiempo hay disputas entre clanes rivales (1 Cor 3,3-9); los ricos no comparten con los pobres (1 Cor 11); algunos abusan de la libertad cristiana (1 Cor 5). Un cuarto

viaje conduce a Pablo a Roma, pero como prisionero (Hch 21-28). Había ido a Jerusalén a encontrarse con Santiago y entregarle la colecta de sus viajes misioneros. Para mostrar su adhesión a la tradición judía, acepta acudir al Templo. Este gesto se ve como una provocación. Inmerso en una revuelta, Pablo es arrestado. Pasa dos años en Cesarea Marítima. Haciendo uso de su prerrogativa de ciudadano romano, apela al emperador ante el procurador, que lo envía como prisionero para ser juzgado en Roma. Al final de un accidentado viaje, llega a la capital del Imperio. Dos años de libertad vigilada le permiten “proclamar el Reino de Dios y enseñar lo que concierne al Señor Jesucristo con plena seguridad y sin obstáculos” (Hch 28,31). A partir de ese momento ya no sabemos nada con seguridad sobre Pablo. Estamos en el año 63...

4. Acontecimientos decisivos de finales del siglo I

La persecución de Nerón

La persecución de los cristianos por Nerón en el año 64, sobre la que volveremos en el próximo capítulo, supone, según la tradición, la desaparición de los apóstoles Pedro y Pablo. Sin embargo, los historiadores dudan sobre una fecha precisa. Pedro sería una víctima de esa persecución en el 65. Pablo habría muerto en el 63 según unos, en el 67 según otros. Estas muertes de cristianos indican que eran distinguidos de los judíos, cuya religión tenía un estatuto legal.

La destrucción de Jerusalén

La ruina de Jerusalén marca una ruptura decisiva en la vida de la Iglesia primitiva. Los judíos de Palestina se habían rebelado contra los romanos para reconstruir una nación independiente que honrara a Dios según la ley de sus antepasados. Una despiadada entre judíos y cristianos se convierte en definitiva. Aunque, entre los cristianos, algunos conservan aún las prácticas judías -se habla de judeocristianos-, no constituyen más que pequeños grupos en vías de extinción, más o menos asimilados a sectas. La desaparición del Templo acaba de separar a los cristianos del judaísmo. Pensaban que Dios mostraba así que la antigua Ley estaba periclitada. El acontecimiento reforzaba el universalismo del Evangelio.

Formación de las Escrituras cristianas

A lo largo del oscuro período de los últimos decenios del siglo 1 se constituyen poco a poco las Escrituras cristianas que hoy llamamos el *Nuevo Testamento*. Se reúnen las cartas de Pablo. Los evangelios, cuya redacción está influida por la ruina de Jerusalén, que invita a una reelctura de las palabras de Jesús, adquieren su forma definitiva ... Pero aún hará falta mucho tiempo para que las comunidades se pongan de acuerdo en los escritos que hay que considerar como revelados y como regla de fe. En este final del siglo 1, el cristianismo, aunque había sido anunciado en el Oriente asiático, se había vuelto resueltamente hacia Occidente, utilizando las estructuras que le ofrecía el Imperio romano.

El final de los apóstoles Pedro y Pablo según Clemente, obispo de Roma

La Carta de la Iglesia de Roma a la Iglesia de Corinto es probablemente el texto más antiguo de la literatura cristiana después del Nuevo Testamento. La tradición es unánime en atribuírsela a Clemente, jefe de la Iglesia de Roma hacia el 95. Clemente quiere establecer la paz en la comunidad de Corinto, turbada por el grupo que ha destituido a los presbíteros. La causa de ello es --dice- la envidia que ha provocado la muerte de Pedro y Pablo. La alusión resulta oscura para nosotros, pero constituye el testimonio más antiguo sobre la muerte de los dos apóstoles:

“Más dejemos los ejemplos antiguos y vengamos a los luchadores que han vivido más próximos a nosotros: tomemos los nobles ejemplos de nuestra generación. Por emulación y envidia fueron perseguidos los que eran máximas y justísimas columnas de la Iglesia y sostuvieron combate hasta la muerte. Pongamos ante nuestros ojos a los santos apóstoles. A Pedro, quien, por inicua emulación, hubo de soportar no uno ni dos, sino muchos más trabajos. Y después de dar así su testimonio, marchó al lugar de la gloria que le era debido.

Por la envidia y rivalidad mostró Pablo el galardón de la paciencia. Por seis veces fue cargado de cadenas; fue desterrado, apedreado; hecho heraldo de Cristo en Oriente y en Occidente, alcanzó la noble fama de su fe; y después de haber enseñado a todo el mundo la justicia y de haber llegado hasta el límite de Occidente y dado su testimonio ante los príncipes: salió así de este mundo y marchó al lugar santo, dejándonos el más alto dechado de paciencia (CLEMENTE DE ROMA, nueva Carta a los Corintios, 5).”